







ALMACENES DE HIERROS EN MURCIA, ALICANTE Y CARTAGENA José García

Vigas DE Acero PARA edificios

Más baratas, más fuertes y de más duración que la madera SE CORTAN A MEDIDA Existencias permanentes: Kilgs. un millón Pídanse precios y cuadros de resistencia.

EMPLASTOS POROSOS de Allcock. Remedio universal para el dolor de caderas... DIRECCIONES PARA SU USO. Reumatismo, Resfriados, Tos, Dolor de Pecho, Debilidad de Caderas, Lumbago, Ciática, etc., etc. Tenga presente... Píldoras de Brandreth. Puramente Vegetales. Siempre Eficaces.

GRAN BARATO REALIZACION DE TODOS LOS ARTICULOS DE LA TEMPORADA en el establecimiento de tejidos llamado de DON VALENTIN, hoy José M. López PLATERIA, 81 Se realizan todos los géneros que a continuación se expresan: Sección de lanas para señoras... Sección de yutes... Sección pañolería de abrigo... Sección pañolería para el bolsillo... Sección de sábanas... Sección de lienzos de hilo... Sección de colchones... Nota: Además de los géneros anunciados, podrá pedir el público otros muchísimos artículos...

LA PUREZA Salazón y fabricación esmerada de toda clase de embutidos de cerdo... BAZAR CARTAGO Calle de Campos y Piedad de San Francisco, 24 CARTAGENA Aparatos para luz eléctrica... MAC ANDREWS Y C. Vapor LUQUE para Hamburgo... VAPOR CORONA para Londres... R. Castellanos Platería, 71 - Murcia

CENTRO DE REDENCIONES A METALICO ESTABLECIDO EN Guadalajara, Horno de San Gil, núm. 5 DESDE EL AÑO 1880 BAJO LA DIRECCION DE D. Antonio Bolxareu y Claverol Proprietario en la misma y otros pueblos y en la villa y corte de Madrid Industrial y Rentista PRECIO DE LAS OPERACIONES AL CONTADO: 825 PTAS. - A PLAZOS: 850 PTAS.

REDENCIONES A METALICO A los mozos del reemplazo de 1907 que han de ser sorteados el día 10 de Febrero de dicho año. El BANCO ARAGONÉS DE SEGUROS domiciliado en Zaragoza COSO, 31, Sociedad anónima constituida legalmente con arreglo a las Leyes vigentes y con un capital de 2.500.000 Pesetas.

LA UNION EL FENIX ESPAÑOL COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS Agencias en todas las provincias de España, Francia y Portugal. 42 AÑOS DE EXISTENCIA. SEGUROS CONTRA INCENDIOS SEGUROS SOBRE LA VIDA

PARA CARNAVAL ALBERTO RIES VALENCIA Servicio regular de vapores directos para el transporte de frutas. VAPOR RUBY para Londres, cargará el viernes 1 de Febrero. VAPOR GEORG para Hamburgo, cargará el sábado 2 de Febrero. VAPOR SATURNUS para Amsterdam, cargará el lunes 4 de Febrero. MIGUEL MIRO Puente, n.º 2, -MURCIA SE VENDE herramienta tal nuevo de carpintería y tornería con torno alto y banco de carpintero. Calle de Victoria, núm. 20. HERMANOS PEREZ Plaza de Santa Catalina Pastelería y cocina para todas las clases. Hospedaje de tres pesetas en adelante.

VENTA DE UNA CASA de dos pisos en la calle de San Nicolás, 43. FRANCISCO GALLARDO GERVANTES ABOGADO Mayor, 61. - La Unión. FRANCISCO ALBALADEJO PROCURADOR calle Pagan, 2 - La Unión. De Alicante La Nueva Aduaneta LLORET, MARTINEZ Y C. Tejidos, novedades y pañería PRECIO FIJO Constitución, 7 y 8, Sagasta, 1 y Calatrava, 2. Gran Restaurant Viuda de Saupé. Magníficas habitaciones con vistas al mar. Esplanada de España y r. Victoria. ESTUFAS y aparatos de calefacción, de consumo reducido. España y Alicante. Ingenieros. - Alicante. Maderas finas COMERCIO DE Carlos G. Tudela Hotel de Francia PARIS, CARTAGENA MATERIAL PARA MINAS Y OBRAS PÚBLICAS Compañía Pérez Larba

FOLLETON DE 'EL LIBERAL' (93) un instrumento quirúrgico, con el que se puso a revisar la herida para extraer la bala. Edmea lanzó un gemido doloroso y abrió los ojos en el mismo momento en que el Ermitaño sacaba el proyectil. -¡Está quieta, señora! -dijo con acento casi imperioso el viejo- la extracción se ha conseguido muy bien; déjale que os cure la herida; después, si queréis quejaros lo haréis a vuestro gusto. La princesa miraba con sorpresa a aquel viejo de lengua barba blanca, que tenía el aspecto de un niño romántico, y se movía animoso en torno de ella; dominado el primer momento de dolor, quedó quieta hasta que la curación estuvo terminada. Sólo entonces, con voz debilitada, preguntó: -¿Quién sois? -Soy un hombre que disfruto viviendo aislado, apasionado por la ciencia y en lo que puedo por el bien de los pobres que a mí recurren. Me llaman el Ermitaño, entiendo un poco de medicina y de cirugía y como vuestro criado ha venido a buscarme diciéndome que estáis herida muy gravemente y habéis perdido un tiempo precioso yendo hasta el pueblo a llamar al médico, he venido en su lugar. Edmea escuchaba ansiosa sin interrumpirle. Pero cuando hubo terminado, preguntó con acento melancólico: -¿Debo temer por mi vida? -No, tranquilizad; la bala se ha detenido junto al hueso de la espalda; no ha lesionado órgano vital alguno, os sentiréis débil por la emoción y la pérdida de sangre, pero dentro de pocos días recuperaréis las fuerzas y podéis levantaros. Y ahora decidme cómo ocurrió la desgracia.

Enjvez de responder, la princesa preguntó: -¿Necesitáis aún de mi criada? -No, señora. -Entonces ponedme irte, Ghita, tranquiliza a Juan. Apenas se quedó sola con el Ermitaño, se alteró levemente el semblante de la princesa. -A vos os lo puedo decir- exclamó- no ha sido una desgracia, quería morir, pero apenas disparado el tiro, tuve miedo de la muerte... y pedí auxilio. -Así es que no intentaréis otra vez la prueba. -No, no, os lo juro; es demasiado horrible morir de ese modo. Hace pocas horas, presa de la desesperación invocaba la muerte como un refugio, un remedio extremo; pero ahora quiero vivir... y os ruego que me deis esa carta que he dejado sobre el escritorio, quiero destruirla. El Ermitaño hizo lo que ella deseaba, y al coger la carta dirigió maquinalmente la mirada a la dirección. Y casi en el acto experimentó una sacudida violenta que le hizo arrojar un grito y alterar tanto el semblante, que Edmea, que había seguido todos sus movimientos, preguntó con estupor, agitada: -¿Qué tenéis? Y como él no respondía y se cogía con una mano al escritorio como si se sintiese desfallecer, la princesa tuvo miedo, se incorporó sobre las almohadas. -¿Os sentís mal? ¿Queréis que llame a Ghita? -No, no, gracias, no os mováis, aflojaréis la venda y acercándoos a la cama- me ha dado una ligera punzada en el corazón, pero ya ha pasado. Diciendo esto le extendió la carta, y mientras Edmea la cogía con las manos convulsas, preguntó con voz que en vano se esforzó en que pareciera tranquila: -¿Conocéis a la condesa Alicia Sansalvi?

-Es mi hermana. El Ermitaño retrocedió estupefacto, convulso. -¿Vos, vos la princesa Edmea? -Sí, ¿por qué estáis sorprendida? -Miradme bien; ¿no os parece haberme visto otras veces? Ella abrió cuanto pudo los ojos atónitos para mirar a aquel viejo flaco, encorvado, cuyo delgado cuerpo desaparecía casi entre los amplios pliegues del largo abrigo negro, y murmuró: -No, no recuerdo; decidme vuestro nombre. -Pablo Regaldí. -¿Regaldí? -repetió Edmea asombrada cayendo en las almohadas, sin pensar ya en destruir la carta que tenía entre las manos. Un largo silencio siguió a la exclamación de la princesa. Pablo se acercó a la chimenea y bajándose se puso a atizar el fuego que se apagaba. Edmea le miraba atenta con indolente terror. ¿Ella realmente aquel el hombre que su hermana Alicia había amado locamente? ¿El que acusaban de haber hecho asesinar a Berta y desaparecer a una niña? Preguntábase si no estaba bajo la acción de un sueño. En tanto, fuera el huracán se había desencadenado; la lluvia batía los cristales, el viento encorbaba los árboles del bosque y gemía lúgubramente. Regaldí se incorporó, y cogiendo una silla se sentó junto al lecho de Edmea, se cruzó de brazos y dirigió una mirada penetrante a la princesa. -Vos habéis creído en mi muerte, ¿verdad? -Todos han creído en ello... -¿Creyéndome culpable de un asesinato. Edmea no respondió. -Y sin embargo, era inocente- murmuró pasadizo una mano por la frente.

-¿Entonces por qué huísteis del mundo haciendo creer en vuestro suicidio? Una expresión de suprema tortura le alteró el semblante. -Tenía que expiar otro delito- dijo con acento ahogado inclinando la cabeza. -Comprendo; el lazo tendido a mi hermana para seducirla haciéndola creer en la libertad, siendo así que teníais mujer y un hijo. ¡Ah!... Sí, fue una cosa monstruosa, indigna de un hombre honrado. Regaldí levantó la cabeza dirigiendo a la princesa una mirada profunda. -Sois muy severa para las culpas de los otros- exclamó casi duramente. -¿No tenéis nada de que reprocharos? Ella se sobresaltó de miedo y con vergüenza y con acento profundo, sin atreverse a mirar a la cara a aquel viejo, cuya sombra negra se reflejaba en la pared: -Tenéis razón- dijo. -Si yo desciendo a los abismos de mi alma, me encuentro más odiosa, más infame que vos. Sí, tenéis delante a una gran culpable que no tiene derecho a levantar la frente, a desdefenar a los otros. ¿Queréis oír mi confesión? Después me direis la vuestra. -No en esta noche- interrumpió rápidamente Regaldí. -Vos necesitáis calma y reposo; yo, recogimiento. -¿Queréis volver a casa con este huracán, dejarme solo? -No, velaré aquí, cerca de vos. Apagó una luz, puso la otra en un rincón de la estancia, vertió algunas gotas de una mezcla a base de opio, que había llevado consigo, en medio vaso de agua y lo ofreció a la princesa diciendo: -Bebed esto; os hará dormir algunas horas y os

despertaréis más tranquila de espíritu y aliviada físicamente. Ella quería hacer alguna otra pregunta, pero Pablo le indicó que callara; luego salió un momento de la estancia para ir a dar órdenes a Ghita y a Juan. Cuando volvió, Edmea había cerrado los ojos. Regaldí le contempló algunos instantes en silencio; después se separó del lecho, se acercó a la chimenea y dejándose caer en una butaca, se ocultó el rostro entre las manos y se puso a llorar copiosamente. III Pablo Regaldí había adquirido de la Naturaleza instintos exquisitos de ternura y de devoción; inclinaciones nobles y elevadas, deseos ardientes de saber, instruirse, sobresalir en algo. Pero estas óptimas cualidades eran ofuscadas por su carácter nervioso, inquieto, tético, singular, taciturno, de una susceptibilidad irritable, sombría y recelosa a un tiempo. Había nacido en una pequeña aldea de Alemania. Su padre, Jacobo Mirra, no era del país; pero se había casado y allí se estableció. Era un buen hombre, honradísimo, que atendía el mismo a los trabajos del campo, feliz pasando sus días en aquel rincón ignorado, en la linda casa de campo que le había llevado de dote su mujer. Este, hijo de un conocido sabio y filósofo italiano, Gustavo Regaldí, refugiado allí por vejaciones, desengaños sufridos en su propia patria, cuando estaba oprimida por el extranjero, había heredado el carácter serio y resuelto del padre, la claridad del ingenio, el amor a las ciencias, eterno elemento de la humana inteligencia, transmitiéndolo a su hijo.